

MUJERES POR UN MUNDO SOSTENIBLE

WOMEN FOR A SUSTAINABLE WORLD

Alicia H. Puleo

Cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Valladolid

RESUMEN

Este trabajo trata sobre aportaciones de científicas, pensadoras y activistas que nos permiten renovar nuestra conceptualización de la naturaleza y del ser humano. Diferencia entre distintos tipos de teoría y praxis ecofeministas que buscan la justicia social y la sostenibilidad y propone un ecofeminismo ilustrado que conserve el legado de la modernidad.

Palabras clave: Sostenibilidad, mujeres, ecofeminismo.

ABSTRACT

This paper focuses on contributions from women scientists, thinkers and activists that allow us to renew our conceptualization of nature and mankind. It distinguishes between different types of ecofeminist theory and praxis that seek social justice and sustainability, and proposes an Enlightened ecofeminism that preserves the legacy of modernity.

Key words: Sustainability, women, ecofeminism.

Quiero comenzar mi intervención agradeciendo la invitación que me ha hecho el Institut Universitari Feminista de la Universitat Jaume I para hablar de mujeres, sostenibilidad y ecofeminismo. El ecofeminismo es un tema que llevo en el corazón. Espero poder transmitir a todas las personas aquí presentes ese sentimiento y las ideas que lo fundamentan. Como sé que pertenecéis a diversas disciplinas y no habéis incursionado necesariamente en el feminismo y la ecología, voy a hacer una pequeña introducción sobre lo que *no son* el feminismo, la ecología y el ecofeminismo, como convergencia de las dos primeras.

Todavía escucho demasiado frecuentemente la típica frase “yo no soy ni feminista ni machista”. Esta comparación en un mismo plano de ambas posiciones ideológicas es errónea ya que, en todo caso, habría que decir “Yo no soy ni hembra ni machista”. El feminismo es, justamente, la reivindicación de la igualdad de los sexos y no proclamación de la superioridad de un sexo sobre el otro. Aunque imagino que todo el mundo aquí lo sabe, a veces conviene precisar para que no se den estas confusiones.

Veamos en primer lugar lo que no es el ecologismo como movimiento que surge del desarrollo de la Ecología como ciencia. No es sólo preocupación por la vida silvestre ajena a la sociedad. El ecologismo nació en la primera parte del siglo XX como conservacionismo, es decir, como un deseo muy legítimo de preservar los espacios naturales al ver que éstos estaban desapareciendo. Más tarde, fue evolucionando y haciéndose plural, de forma que, en este momento, tenemos posiciones conservacionistas y otras que combinan la preocupación por la naturaleza con una visión social; más precisamente, con los problemas y conflictos sociales derivados del deterioro medioambiental.

Por último, en este “diccionario” de lo que *no es*, con el que he querido comenzar mi ponencia, abordaré lo que no es el ecofeminismo. A menudo, cuando se mienta el ecofeminismo observo posiciones de desconocimiento, pero también de rechazo por parte de algunas mujeres de convicciones feministas porque piensan que es un pensamiento y una praxis que identifican a “la mujer” con la naturaleza. Eso ya no es así. Es necesario entender que el ecofeminismo hoy también es plural. Esto es muy importante porque la identificación de mujer y naturaleza nos podría devolver a una situación simbólica anterior al surgimiento del propio feminismo.

Considero que feminismo y ecologismo son dos movimientos fundamentales del siglo XXI. Nuestra época nos enfrenta a la crisis ecológica producida por los humanos, o más exactamente, por ciertos grupos humanos, puesto que no toda la humanidad ha contribuido ni contribuye por igual al deterioro medioambiental. Hay formas y grados distintos de responsabilidad. En este siglo habrá que hacer frente a los problemas de la crisis ecológica y alcanzar por fin el ideal de igualdad entre los sexos que, por ahora, a pesar de los notorios

avances en la realidad, sigue siendo un ideal (Valcárcel, 1997). Sabemos que tendrán que pasar muchos años (unos 400 según estimaciones de la OIT) antes de que llegemos a la igualdad efectiva entre mujeres y hombres.

El feminismo es un movimiento mucho más antiguo que el ecologismo. Para detectarlo como pensamiento filosóficamente articulado, nos podemos remontar al siglo XVII. Como movimiento, surge en el siglo XIX con las sufragistas. Desaparece durante un tiempo en el siglo XX tras haber conseguido el voto femenino y algunos de los derechos civiles que exigía. Sigue así la dinámica típica de los movimientos sociales cuando consiguen sus objetivos centrales. Pero en los años sesenta del siglo XX, cerca de ese mayo del 68 tan famoso por su carácter contestatario, el feminismo reaparece y lo hace en la misma época en que surge el movimiento ecologista. Por eso, algunos sociólogos y politólogos han clasificado a ambos como “nuevos movimientos sociales”. Con este calificativo de “nuevos” se refieren a movimientos que plantean no sólo una mejora de las condiciones materiales de vida, sino que van más allá, produciendo una redefinición de la realidad. Como señala Ana de Miguel, el feminismo lleva a cabo una redefinición de la realidad porque nos permite ver a través de unos cristales distintos, percibiendo así lo que estaba oculto anteriormente (De Miguel, 2002). Podemos decir lo mismo del ecologismo. Nos permite ver lo que no veíamos. Con el feminismo y el ecologismo, nuestra mirada sobre la realidad será distinta. Nuestras preocupaciones también se transforman.

Ahora bien, en el ecologismo, hay que diferenciar entre las posiciones superficiales que aspiran a una administración más racional de los recursos naturales y las corrientes más profundas (*deep*) en las que se adopta una nueva comprensión de la naturaleza. En las primeras no hay una auténtica redefinición de la realidad. Sí la hay en las segundas, que se preguntan quiénes somos en la naturaleza. ¿Somos realmente seres totalmente separados de la naturaleza como nos lleva a pensar la fantasía antropocéntrica en que estamos instalados los humanos? ¿Esta civilización está comprometiendo el futuro de las generaciones próximas? ¿Es sostenible? ¿Esta civilización puede ser universalizable? ¿Los estándares de vida occidentales actuales podrían ser extendidos a todo el mundo? Lamentablemente, debemos responder que no. Se necesitarían tres planetas para ello. Una mirada más profunda implica replantearse la identidad de los seres humanos, el modelo de sociedad y de estilo de vida, qué es lo justo y lo injusto en nuestra posición en el planeta.

Si feminismo y ecologismo son redefiniciones de la realidad, el ecofeminismo es el punto en el que se unen ambas redefiniciones. Destacaré dos aspectos de esta nueva concepción de la vida humana. Por un lado, considera que la calidad de vida no consiste en

una continua ansiedad por consumir. Por otro, el eje es la idea de igualdad entre mujeres y hombres, entre etnias, entre opciones sexuales y con otras especies.

Voy a hacer un salto en el tiempo, hacia atrás, para que recordemos dónde nace la ciencia y qué sucede con las mujeres en el mundo moderno, entendiendo “moderno” en el sentido de la Historia de la Filosofía, es decir a partir del siglo XVII con Descartes y su famosa exhortación a abandonar los prejuicios. El pre-juicio es aquello anterior a nuestro propio juicio. Descartes llamaba, pues, a pensar de manera crítica. Más tarde lo formulará claramente Kant con su *supere aude*. Atrévete a pensar sin tutores religiosos o políticos. No debemos guiarnos por lo que nos han dicho sin pasar todas las informaciones y creencias por el tamiz de nuestro entendimiento, de nuestra propia crítica. Eso es combatir el prejuicio. Los prejuicios deberán pasar por una crítica ilustrada.

Uno de los objetivos de la crítica racionalista será “desencantar el mundo”. La idea de la Tierra que tenían en el Medioevo y en el Renacimiento no era muy diferente, a las concepciones de los pueblos originarios americanos (Merchant, 1981). Se concebía a la Tierra como un organismo. Era imaginada como una mujer, la vegetación era su cabellera. Era una Madre que daba sus frutos. El racionalismo rechaza esta imagen y la reemplaza por la de una máquina cuyas relaciones de causalidad se pueden analizar y prever. Esto permitirá el nacimiento de la ciencia y la tecnología modernas de las cuales hoy nos beneficiamos.

Sin embargo, la ciencia y técnica tienen también su cruz, visible, por ejemplo, en el actual cambio climático de origen humano. El industrialismo es un producto de la ciencia y la economía pero ha producido fenómenos inesperados e indeseables como éste. La Ilustración como expansión del racionalismo combinado con el empirismo tiene una cara positiva con muchos beneficios pero también problemas que no sabemos minimizar y de los que no somos totalmente conscientes.

Otro aspecto de la modernidad la gestación de las democracias modernas en torno a la idea de “igualdad de todos los hombres”. Este concepto fue entendido por la mayoría de los pensadores como “igualdad de todos los varones”. Sólo una minoría de pensadores y pensadoras lo concibió como “igualdad de todos los seres humanos” (Puleo, 1993). De ahí que las mujeres fueran excluidas del voto durante tanto tiempo.

Como no puedo hacer aquí toda la historia del feminismo, daré un salto en el tiempo y me referiré a la filósofa que, según observa Celia Amorós (Amorós, 2005) puede ser considerada la culminación de todo el ciclo de reivindicaciones feministas ilustradas: Simone de Beauvoir. El lema de su obra *El segundo sexo* es: “No se nace mujer, se llega a serlo”. ¿Qué significa esto? Que el concepto “mujer” es una construcción cultural. Ser mujer no es sólo ser uno de los sexos desde una perspectiva biológica y anatómica. Ser mujer es

también un conjunto de expectativas, normas, modelos de la sociedad. No es lo mismo el sexo femenino que la feminidad. El género es una construcción normativa que exige que los individuos se comporten de una manera determinada. Hoy extendemos esta afirmación de Simone de Beauvoir a los varones. Existe una construcción de la masculinidad como exigencia cultural. Algunas ecofeministas se han centrado en aquellos estereotipos de la masculinidad nocivos en nuestra relación con la Naturaleza. ¿Son adaptativos para esta época que vivimos los modelos del guerrero o el cazador? ¿Es deseable la represión de las emociones y los sentimientos empáticos en los varones? ¿La dureza y el deseo de dominio son los ideales que buscamos? ¿O tendremos que lograr que cambien?

Simone de Beauvoir reclamó la salida de las mujeres del ámbito doméstico. En los años cuarenta del siglo pasado, cuando escribe *El segundo sexo*, las mujeres que se casaban se dedicaban exclusivamente al hogar. Toda otra realización era imposible. En su obra, Beauvoir sostenía que las mujeres tenían derecho a desarrollar su individualidad como lo podían hacer los varones. Y lo harán. Habrá muchas mujeres científicas. Pero hemos tenido que enfrentarnos a muchos prejuicios. Si comparáis la expresión “hombre público” con “mujer pública”, veréis el contraste y el subtexto de género que adjudicaba (adjudica) los espacios permitidos a cada sexo. Hoy he leído en el periódico que se había hablado más de Marie Curie a propósito de una relación sentimental con otro científico que de sus investigaciones y descubrimientos. Todavía hoy, estar reconocidas plenamente como científicas, como intelectuales, no está totalmente conseguido. El calificativo de “genio” se otorga fácilmente a un varón. De hecho, este sustantivo no tiene femenino. Y es muy difícil que se aplique a una mujer.

Muchas han sido las aportaciones de las científicas. Desde la perspectiva de la sostenibilidad, es de particular importancia recordar a Rachel Carson. Esta bióloga se convirtió en una de las pioneras de la ecología al escribir su libro *Primavera silenciosa*. El título alude a una época en que no haya pájaros debido a los efectos de los pesticidas en la cadena trófica. Rachel Carson llegó a mostrar que los pesticidas no sólo mataban a los insectos, sino que a través de la cadena alimentaria llegaban a los seres humanos. A partir de la publicación de esta obra en 1962, la industria química llevó adelante una tremenda campaña contra la científica, tratando de descalificarla, afirmando que su tesis no tenía fundamento. Desgraciadamente lo tenía, Rachel Carson denunció que la agricultura industrial basada en el uso intensivo de productos tóxicos era una guerra contra la Tierra y, en última instancia, una guerra contra la humanidad. Ella misma, que murió de cáncer, se consideró una víctima de esta guerra. Y, aunque ahora ya se han prohibido sustancias como el DDT, han surgido otras como el glifosato, que se utiliza intensamente en los cultivos transgénicos.

Seguimos en la guerra contra la Tierra con sustancias provenientes de la guerra química (el agente naranja, un defoliante utilizado en la guerra de Vietnam). Esta es la cara oscura de la tecnología.

Insisto en que no se trata de rechazar la ciencia y la técnica. Pero sí es necesario que se conozcan las graves consecuencias indeseables que son toleradas y silenciadas por razones económicas y también por la incapacidad de tomar en serio las consecuencias a medio y largo plazo de las decisiones irresponsables con respecto al medio ambiente. El ecofeminismo ha venido a contrarrestar de una manera muy oportuna el excesivo entusiasmo tecnológico y nos ha obligado a repensar la relación entre el mundo humano y el no humano.

Entre las científicas que han contribuido a una nueva visión de la naturaleza y del ser humano ocupan un lugar importante las primatólogas. Son muy conocidas por los documentales de *National Geographic*, incluso se ha hecho una película – *Gorilas en la niebla* – sobre la vida de Diane Fossey, asesinada por los cazadores debido a su defensa de los gorilas en África. Jane Goodall, Biruté Galdikas y Diane Fossey son figuras paradigmáticas de otra manera de hacer ciencia, de otro enfoque epistemológico distinto al habitual. Tradicionalmente, desde el siglo XVII, se suponía que sólo se obtenían buenos resultados cuando se mantenía un total distanciamiento afectivo con respecto al objeto de estudio. El paleontólogo Louis Leakey las eligió para enviarlas a África sin que tuvieran formación en primatología. Las eligió por su sexo, su formación y sus capacidades de comunicar en tanto educadoras especiales de niños con problemas. Y no se equivocó ya que consiguieron comunicar con nuestros parientes más cercanos y consiguieron así datos que nos obligaron a volver a pensar la identidad humana. Nos mostraron la continuidad de la vida en la Tierra. Dicho filosóficamente, nos hicieron comprender que no existe un abismo ontológico entre humanos y no humanos, sino, en todo caso, una gradación de complejidad, confirmando así las tesis de Darwin. Y lo lograron utilizando la empatía con su objeto de estudio.

El trabajo de las primatólogas ha sido realmente excepcional y aunque no se haya autodefinido como ecofeminista, de alguna manera lo ha sido de hecho al promover la universalización y extensión de las prácticas del cuidado. Un buen ejemplo de esta actitud que promueve la superación de viejos estereotipos patriarcales del dominio hacia la naturaleza es la labor del Instituto Jane Goodall. En la actualidad, realiza un original trabajo de educación ambiental internacional, que se ofrece también en castellano y catalán y en el que podéis participar¹. Los valores de la compasión, el cuidado y la interculturalidad son centrales en el espíritu de Jane Goodall.

1. La dirección de Internet es <http://www.janegoodall.es/es/>

Pasemos ahora a las aportaciones de las pensadoras y activistas que se consideran a sí mismas ecofeministas. Podemos, en primer lugar, decir que son mujeres con un decidido compromiso por un mundo sostenible. El término ecofeminismo fue forjado por una francesa, hija de madre española y padre anarcosindicalista francés: Françoise d'Eaubonne. Preocupada por los datos científicos sobre la necesidad de controlar la sobrepoblación que se publicaron en los años 60 y 70, esta amiga de Simone de Beauvoir utilizó el término *ecofeminismo* en un artículo en el que afirmaba que si las mujeres hubieran estado en el poder, lo primero que habrían hecho sería espaciar los embarazos y los partos, de manera que nunca se hubiera llegado a esa situación de sobrepoblación que amenazaba el planeta. Françoise d'Eaubonne reivindicaba lo que hoy llamamos derechos sexuales y reproductivos de las mujeres como derechos humanos y hacía una crítica a la sociedad consumista. Partía así de un tema del feminismo— el derecho de las mujeres a decidir sobre el propio cuerpo y sus capacidades reproductivas— y lo unía a un tema ecologista— los límites del planeta frente a la sobrepoblación y el consumismo—.

Otro tema ecofeminista importante es el de la salud. Desgraciadamente a las mujeres nos afecta más la contaminación ambiental (Valls-Llobet, 2009). Esto no se sabía en la época de D'Eaubonne. El síndrome de hipersensibilidad química múltiple (SHQM) que se suele diagnosticar como alergia afecta sobre todo a las mujeres a causa de la inestabilidad hormonal del cuerpo femenino y del mayor porcentaje de grasa ya que los contaminantes se fijan en la grasa. El incremento del cáncer de mama en los últimos cincuenta años se debe principalmente a los xenoestrógenos, sustancias químicamente similares a las hormonas femeninas (pesticidas organoclorados, dioxinas de las incineradoras, resinas sintéticas y otras sustancias contenidas en productos de limpieza, envoltorios de plástico, pinturas, etc.). La ecofeminista Karen Warren pregunta ¿qué problema puede ser considerado un problema feminista? Y responde: cualquiera que afecte a las mujeres (Warren, 1996). Por lo tanto, el problema de la salud deteriorada por la contaminación es un problema feminista. Esto no significa que la salud de los hombres no se vea afectada por el ambiente tóxico, pero sí que el daño toma otras formas y en ciertos casos, como el SHQM, el cuerpo parece resistir más tiempo.

El pacifismo es otro de los puntos de la agenda ecofeminista. Petra Kelly, cofundadora de *Los verdes alemanes*, distinguía entre tener el poder y compartir el poder, un poder *sobre* los otros y un poder *con* los otros (Kelly, 1997). Planteaba esa relación entre feminismo, ecología y pacifismo como el desarrollo del paradigma del poder con los otros. Esa relación era, a su juicio, el programa del ecofeminismo.

En efecto, el ecofeminismo posee un componente utópico importante en el sentido (u-topos: lo que no ha tenido lugar aún pero puede tenerlo en el futuro) de proyectar mundos

posibles de justicia, armonía y benevolencia. El ecofeminismo es muy rico como pensamiento y como praxis porque es una visión que relaciona distintos tipos de opresión: las que existen entre seres humanos (por razón de sexo, de clase, de opción sexual, de raza, de etnia...) y la que los humanos ejercen sobre la naturaleza. La lógica de la dominación que sería común a todas estas formas de opresión es la transformación de la diferencia en inferioridad (Warren, 1996).

Decía al comienzo que el ecofeminismo es plural. En efecto, hay ecofeministas esencialistas que consideran que la biología, en particular la capacidad de dar a luz, concede a las mujeres un lazo especial con la naturaleza. Otras, las constructivistas, no ven una relación ontológica. Desde esa perspectiva, que es también la mía, el interés y la preocupación ecológicas de las mujeres, estadísticamente importantes a nivel mundial, estarían determinados por la posición en el sistema de sexo-género, por sus roles y la construcción de las identidades de género.

Hay ecofeministas espiritualistas que proponen un panteísmo que devuelva el carácter divino a las criaturas vivientes no humanas y a la Tierra. Las hay que, sobre todo en EEUU, han instaurado ritos a la Diosa naturaleza. Vinculado a la Teología de la liberación, en Latinoamérica se ha desarrollado un ecofeminismo católico bastante heterodoxo que suma a su apuesta por los pobres y los indígenas, y por las más pobres entre los pobres, las mujeres (Ress, 2006). Es un compromiso por la ecojusticia. La teóloga brasileña Ivone Gebara, afirma que el sentimiento religioso tiene que evolucionar (Gebara, 2000). La trascendencia no debe imaginarse en el cielo, sino buscarse en la Tierra, respetando a los seres vivos que la habitan y admirando el maravilloso espectáculo de la naturaleza. Pensemos en la resonancia que esta afirmación tiene en un país como Brasil que pierde todos los días una parte de selva amazónica, arrasada para metódicamente para aumentar la producción agrícola-ganadera destinada al mercado internacional.

Un nombre ineludible del ecofeminismo es el de Vandana Shiva, una luchadora de la sostenibilidad conocida internacionalmente y que recibió el premio Nobel alternativo. En los años ochenta, planteó que en la India las mujeres tenían una relación especial con la naturaleza (Shiva, 1995). Fue muy criticada, se le acusó de esencialismo, es decir, de identificar a las mujeres con la naturaleza. Es cierto que encontramos en sus libros algunos pasajes que parecen indicarlo. Pero también es verdad que V. Shiva ha dado a conocer a la conciencia internacional los procesos de destrucción de la naturaleza debidos al "mal desarrollo" importado de Occidente y sus efectos en la situación de las mujeres del Sur. El mal desarrollo es el de los créditos internacionales con letra pequeña que obligan a los agricultores a comprar "paquetes tecnológicos" que llevan a la dependencia con respecto a

insanos industriales costosos y tóxicos. Mucho antes de que se reconociera cambio climático como un hecho incontestable, Shiva señalaba que muchas llamadas “catástrofes naturales” (sequías, inundaciones, desertización...) no son naturales, sino producidas por la avidez y la mala administración, en una palabra, por el desequilibrio de los ecosistemas.

Shiva vincula la reducción de la biodiversidad debido al monocultivo con la reducción de la diversidad cultural causada por la extensión de la monocultura occidental del neoliberalismo (Shiva, 2006). Se va extendiendo así una agricultura basada en los monocultivos— ahora transgénicos como la soja y el maíz, o plantas para biocombustibles —y en el uso intensivo de herbicidas y pesticidas. Este mal desarrollo devasta las tierras y expulsa al campesinado a los suburbios de las grandes ciudades. Genera miseria y desarraigo y sus primeras víctimas son las mujeres pobres y sus hijas e hijos. La denuncia de Shiva ha sido retomada por mujeres de más de 86 países, reunidas en la organización Vía Campesina que lucha por la soberanía alimentaria. Aunque no todas necesariamente hayan leído a Shiva, conocen por experiencia local propia los problemas que describe Shiva. El concepto de soberanía alimentaria alude al derecho de los pueblos a una alimentación y producción sanas, sin pesticidas, con semillas autóctonas y con salarios dignos. En su Declaración del año 2007, en Mali, estas luchadoras de la sostenibilidad nos recuerdan que las mujeres son “creadoras históricas de conocimientos en agricultura y en alimentación” y que en los países más pobres producen el 80 % de los alimentos. Exponen su rechazo a “las instituciones capitalistas y patriarcales que conciben los alimentos, el agua, la tierra, el saber de los pueblos y el cuerpo de las mujeres como simples mercancías” (Foro de Nyéléni, 2007). Recuerdan que la utilización intensiva de agrotóxicos afecta la salud humana, y en particular la reproductiva. Su lucha es la lucha de la agricultura campesina, de pequeños productores, frente a las transnacionales de la alimentación que amparándose en los tratados de libre comercio va extendiendo sus tentáculos hasta ahogar completamente la producción alimentaria independiente. Su objetivo es “construir otro mundo” en el que las relaciones sociales sean más justas, las mujeres más libres y los alimentos y el medio ambiente aporten salud en vez de veneno ¿Es alcanzable este objetivo? Que la respuesta sea positiva o negativa depende en parte de nuestra voluntad de apoyar a estas mujeres valientes que apuestan por un futuro sostenible y justo. La idea del decrecimiento como ruptura con el modelo capitalista insostenible de crecimiento ilimitado en un planeta con recursos limitados es una de los horizontes que se perfilan como posibles soluciones. Trabajar menos, consumir menos y vivir mejor.

Tenemos que ser conscientes de los aspectos negativos del desarrollo porque les afectan y nos afectan. Debemos hacer una crítica a la modernidad en lo que ésta tiene de deficiente. El ecofeminismo, tal como lo concibo, no implica rechazar la ciencia y la

técnica. No se trata de volver a la prehistoria. Hay un punto medio que se ha de respetar y es el principio de precaución que exige prevenir y evitar los riesgos que ciertas prácticas tecnológicas tienen para el medio ambiente y la salud. Los cambios que actualmente se están introduciendo en el ecosistema global pueden ser irreversibles y sumamente nocivos para la humanidad y el conjunto de las criaturas vivientes.

Por eso propongo un ecofeminismo, pero un ecofeminismo ilustrado. Con esta denominación quiero subrayar que no se trata de un esencialismo, es decir, que no identifica mujer y naturaleza como hicieron algunas ecofeministas, sobre todo en la primera época del ecofeminismo. Mi visión es constructivista. El ecofeminismo ilustrado que planteo es un pensamiento que no quiere renunciar a la crítica ilustrada al prejuicio. Tampoco requiere tener fe como los ecofeminismos espiritualistas, con los cuales, sin embargo, comparte objetivos emancipatorios. Busca conservar el legado de la modernidad porque ésta tiene su cruz (el cambio climático, el mal desarrollo, la contaminación...) pero tiene también una cara emancipatoria que es el reconocimiento de los derechos humanos, la instauración de la igualdad como paradigma y el feminismo como aplicación de esa idea de igualdad.

Tampoco se trata de pensar, como algunos hicieron, que las mujeres estamos ontológicamente destinadas a salvar el planeta. Si, como se está planteando actualmente, hay que realizar un gran cambio de modelo cultural, energético, tecnológico y económico para avanzar hacia una sociedad sostenible habrá que pensar qué lugar vamos a ocupar en esa sociedad sostenible del futuro. La práctica del cuidado, hasta ahora casi únicamente en manos femeninas, ha de ser asumida también por los varones y los nuevos empleos de las tecnologías sostenibles deben también ser ocupados por mujeres, evitando que se reproduzca el conocido techo de cristal. En ese sentido, el ecofeminismo sería lo que he llamado "negociación preventiva" para cuando no sea posible continuar con el modelo de usar y tirar.

Voy a concluir con la evocación de aquella manta, un "kilt", que se fue elaborando a medida que se desarrollaba la marcha mundial de las mujeres en esta primera década del siglo. En cada país, en cada lugar de paso, se agregaba un trozo de tela que, con su color y textura diferentes, iban formando un conjunto que simbolizaba la esperanza y la unión de las diferencias en un proyecto común. Las mujeres de la marcha mundial, al igual que las mujeres por la soberanía alimentaria de Nyéléni, al reclamar la superación de los prejuicios sexistas y la realización de un modelo ecológico de sociedad son para mí, junto a las científicas que transformaron nuestra mirada sobre la naturaleza, figuras paradigmáticas del camino hacia una democracia participativa en un mundo sostenible.

Bibliografía

- AMORÓS, Celia (2005): *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- DE MIGUEL, Ana (2002): "Hacia un nuevo contrato social: Políticas de redefinición y políticas reivindicativas en la lucha feminista", en Robles, José Manuel (comp.): *El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- FORO DE NYÉLÉNI, *Declaración de las Mujeres por la Soberanía Alimentaria*. Mali. 2007.
http://www.wrm.org.uy/temas/mujer/Declaracion_Mujeres_Nyeleni.html.
(Consultado el 10 de marzo de 2010)
- GEBARA, Ivone (2000): *Intuiciones ecofeministas. Ensayo para repensar el conocimiento y la religión*, trad. Graciela Pujol. Madrid: Trotta.
- KELLY, Petra (1997): *Por un futuro alternativo*. trad. Agustín López y María Tabuyo, Barcelona: Paidós.
- MERCHANT, Carolyn (1981): *The Death of Nature: Woman, Ecology, and the Scientific Revolution*. San Francisco: Harper and Row.
- PULEO, Alicia (ed.) (1993): *La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Presentación de Cèlia Amorós, Barcelona: Anthropos.
- VALCÁRCEL, Amelia (1997): *La política de las mujeres*. Madrid, Cátedra.
- VALLS-LLOBET, Carme (2009): *Mujeres, salud y poder*. Madrid: Cátedra.
- WARREN, Karen (1996): *Ecological Feminist Philosophies*, Indiana University Press.
- RESS, Mary Judy (2006): *Ecofeminism in Latin America*. New York: Orbis Books.
- SHIVA, Vandana (1995): *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, trad. Instituto del Tercer Mundo de Montevideo (Uruguay), Madrid: Cuadernos inacabados 18, ed. horas y horas.
- SHIVA, Vandana (2006): *Manifiesto para una Democracia de la Tierra. Justicia, sostenibilidad y paz*, trad. Albino Santos Mosquera. Barcelona: Paidós.